

El libro termina con unas "Conclusiones" (pp. 137-140) que no parecen muy necesarias, ya que sería imposible resumir los muchos e interesantes datos que la obra contiene y que no es posible reducir a pocas páginas; resulta un final un tanto escolar en un estudio serio y erudito.

Es, en conjunto, un trabajo muy bien realizado, ameno, con documentación muy suficiente y llevado a cabo con dedicación e interés.

PACIENCIA ONTAÑÓN DE LOPE

Facultad de Filosofía y Letras.

JAMES J. MURPHY, (ed.), *Sinopsis histórica de la retórica clásica*, Madrid, Gredos (Biblioteca Universitaria), 1989; 283 pp.

Un buen servicio destinado a los estudiantes de humanidades en lengua española constituye la traducción de este breve tratado, 283 páginas, que contiene, en sólo seis ensayos, la historia de la retórica desde sus orígenes hasta los comienzos de la Edad Media. Para ello se rastrea la más antigua forma de conciencia retórica de los griegos anteriores al siglo VII a. C., implícita en los poemas homéricos y en el más vetusto teatro; se revisan indicios que restan de los teóricos prearistotélicos —Córax, Tisias—, de los sofistas —Gorgias, Isócrates—, las ideas de Platón al respecto, la retórica del Estagirita, las referencias a obras perdidas (de Teofrasto, Demetrio Falero, Hermágoras de Temnos), los textos anónimos (*Rhetorica ad Alexandrum*, *Rhetorica ad Herennium*). Se comentan más ampliamente las obras retóricas de Cicerón y Quintiliano; se describe la época de las dictaduras con su aparato de represión política como contexto cultural de la Segunda Sofística, y se llega, por fin, a San Agustín, visto como vínculo entre la antigüedad grecolatina y la Edad Media.

La amenidad indudable de este libro reside en el tratamiento, más individualizado que en otras obras, de los autores que, con una apariencia de seres de carne y hueso, respaldan los diferentes matices novedosos que a través del tiempo se van sumando a la teoría retórica; y reside también en la traducción sintetizada de las más importantes ideas de los principales libros de dichos pensadores.

En efecto, de la trayectoria de esta disciplina, inventada —como la gramática y la lógica— por los griegos, pueden inferirse aquí aquellos puntos que constituyen hitos donde radica la diferencia; aquellos teóricos a través de los cuales los procesos históricos y culturales desembocan en tales cambios.

I. El mismo editor, James J. Murphy, a cuyo cargo está el primer ensayo (“Orígenes y primer desarrollo de la retórica”), nos advierte cómo, mucho antes de 700 a. C., el discurso suasorio posee el estatuto de un metatexto que preconstituye la producción de los textos de la *Iliada*, de la *Odisea* y de la más antigua acción dramática. Dentro de ésta, se convierte en argumentación dialógica la antítesis de las voces del coro ditirámico y la de su líder, ya separadas —distinción que data del siglo VII a. C.

Para confirmar esta teoría, podemos hallar igualmente abundantes discursos modelo en dramaturgos como Eurípides (480-406 a. C.) y en historiadores como Tucídides (471-400 a. C.) y Herodoto (484-428 a. C.). De donde también se colige, indudablemente, la existencia de una sofisticada conciencia retórica en el siglo V a. C.

Ya en ese siglo, los críticos del maestro sofista Protágoras lo acusan de enseñar para “que la causa peor aparezca como la mejor”.

Probablemente el Trasímaco presente en los diálogos platónicos haya escrito el primer tratado de retórica. En diversos autores de la época se hace mención de otros retóricos sofistas: Hípias, Alcídamente, Pródico de Zeus, Lisias.

Pasamos revista, pues, a partir de los primeros cultivadores de la retórica en el siglo V, del siciliano Gorgias que enseñó en Atenas su teoría de que ciertos rasgos —sobre todo fenómenos de paralelismo— que procuran belleza a la prosa, también la hacen persuasiva; de Isócrates, contrario a los sofistas Gorgias y Protágoras, cuya influencia en la educación ha llegado hasta nuestros días a través de Roma y de la Edad Media, y que fundó una escuela cuya asignatura principal era la retórica, vista por él como un instrumento para forjar buenos estadistas, según el principio de combinación de la habilidad natural, la experiencia, la práctica y la educación. Se nos ofrece una lista de sus principales opiniones al respecto, extraída de sus tratados *Contra los sofistas* (391 a. C.) y *Antidosis* (351 a. C.).

Luego viene Platón, discípulo de Sócrates (cuyo método de discurso dialéctico, esencialmente polémico, él desarrolló sobre la base de la antítesis) y maestro de Aristóteles en el pequeño bosque llamado Academia (escuela clausurada casi novecientos años después por el emperador Justiniano).

Con su muy probada capacidad de síntesis, Murphy resume en unas cuantas palabras las dos opiniones de Platón sobre la retórica: primero en contra (en sus diálogos *Protágoras* y *Gorgias*) y luego a favor de ella (en *Fedro*).

II. La "Retórica" de Aristóteles (394-322 a. C.), inventor del método deductivo, es objeto del ensayo de Forbes I. Hill, quien llega a la conclusión de que no se trata de un manual de retórica a secas, sino más bien de una retórica filosófica. Es muy útil la vinculación de los datos biográficos del filósofo —tales como sus viajes— con su actividad intelectual y su obra. Su retórica se basa sobre todo en los diálogos *Gorgias* y *Fedro* de Platón, a veces para disentir de las ideas en ellos manifiestas.

La síntesis que hace Hill, mediante frases descriptivas de los temas o las partes de los libros de Aristóteles, es muy útil pues, aunque resume, ofrece detalles y es, además, completada por una extensa y clara paráfrasis subsecuente, dentro de la cual va señalando puntos de contacto entre el discurso aristotélico y otros posteriores. Así, se refiere al desarrollo ulterior, en las *Instituciones* de Quintiliano, de algunos puntos de vista de Aristóteles (acerca de la claridad, por ejemplo), o señala las ideas que Aristóteles toma de Platón casi al pie de la letra, o aquellas que sirven de antecedente a tratamientos posteriores en Quintiliano, en Hermágoras (las situaciones legales), o que en general han perdurado a través de los siglos (como las clases de discursos o la ordenación de éstos en partes), y aquellas otras que casi no tuvieron influencia en tratados de retórica, como la teoría del silogismo (que sí influyó, en cambio, en la dialéctica), o como la de las pasiones.

Este trabajo de Hill termina con una amplia bibliografía clasificada.

III. El tercero de los seis ensayos, también de Murphy, se denomina "La era de la codificación: Hermágoras y la pseudociceroniana *Rhetorica ad Herennium*", y abarca 232 años, los que van de la muerte de Aristóteles (322 a. C.) a la aparición de los primeros grandes tratados romanos (hacia el 90 a. C.) y trata, en efecto, de la investigación y la sistematización —con la tendencia a resumir, analizar, esquematizar, catalogar y editar— del acervo de los conocimientos de aquel tiempo, reunido principalmente en la biblioteca y el Museo de Alejandría hacia el año 295 a. C., durante el reinado de Tolomeo Sóter, cuya familia había gobernado Egipto después de la muerte de Alejandro Magno —en 322, el mismo año que murió Aristóteles.

Nos queda una única árida y esquemática obra de esta época, cuya influencia fue pequeña en la antigüedad, aunque no en la

Edad Media: la *Rhetorica ad Alexandrum*, escrita en Grecia durante el siglo IV a. C., probablemente durante la vida de Aristóteles. Se ha llamado a su autor el pseudo-Aristóteles, ya que seguramente éste no la escribió, sino quizá Anaxímenes de Lampsaco, porque el espíritu de su obra es muy diferente.

Otros autores, en estos dos siglos que separan a Aristóteles de Cicerón, cuyas obras no nos han llegado sino a través de referencias que aparecen precisamente en las obras de Cicerón y de Quintiliano, son: Teofrasto (370-285 a. C.), Demetrio Falero (350-280 a. C.) y Hermágoras de Temnos (finales del siglo II a. C.) cuya obra —perdida— vinculó a la retórica griega con la romana e influyó tanto en el *ad Herennium* como en el *De inventione* de Cicerón en el siglo I a. C.

La anónima *Rhetorica ad Herennium* es descrita como “el texto latino más completo y antiguo acerca de retórica” y nos revela la tradición romana, que es la ciceroniana, cuya homogeneidad se debe a la estandarización en la enseñanza de las cinco famosas partes: invención, ordenación o disposición, estilo (con sesenta y cuatro figuras del discurso y del pensamiento, que agregan *dignitas* al lenguaje), memoria y pronunciación. Esta retórica no influyó en el mundo antiguo pero, en el siglo IV, San Jerónimo y otros autores la recomendaron y San Agustín enseñó en Cartago y en Milán conforme a un programa similar al romano de Cicerón y del pseudo-Cicerón, que gozó de gran popularidad durante más de mil años. En el Renacimiento, el libro cuarto, de los tropos y las figuras, volvió a difundirse.

IV. A Donovan J. Ochs se debe el cuarto ensayo, sobre la “Teoría retórica de Cicerón”.

Roma, en su expansión, llega a Grecia y conoce su cultura y su educación en el siglo II a. C. Toda la formación de un romano tendía en ese tiempo hacia la retórica y se fundaba en la lengua —cursos elementales— y en la literatura —cursos avanzados—. Era, además, teórico-práctica, y contenía una larga serie de ejercicios graduados de expresión oral y escrita. El último de tales ejercicios consistía en escribir una tesis. De la gramática, con su práctica a través de los *progymnasmata*, se pasaba a la explicación de textos literarios y a la retórica. Ésta suponía dos clases de adiestramiento en la declamación: suasoria y controversial. Era equivalente a una representación o simulacro de la situación real, con su entrenamiento en la memorización de preceptos.

Cicerón (106-43 a. C.), un caballero romano pudiente y educado, encarna el tipo más común del buen orador y tratadista de retórica. Su educación había seguido el itinerario antes des-

crito, y su teoría pasa por un proceso de modificaciones —paralelo al desarrollo de su vida adulta— desde su tratado *De Inventione*, publicado a los veinte años, pasando por el *De Oratore*, en el que procura enmendar defectos del primero, hasta llegar, años después, a escribir sus mejores obras sobre retórica: el *Brutus* y el *Orator*. En ellas radica lo más sólido y completo de su teoría, aunque posteriormente escribió un prólogo, *De Optimo Genere Oratorum* (De la clasificación ideal de los oradores) a la obra de Demóstenes y de Esquines (*De Corona*) traducida por él mismo. Estos últimos tres libros son del año 46, y son aquí también presentados en resumen y ubicados en el contexto que los originó como productos de una situación dada. Escribió también *De Partitione Oratoriae* (discusión sobre los recursos del orador, los componentes del discurso y la naturaleza de las causas y de los públicos), y los *Topica* (aplicación de la dialéctica aristotélica a la oratoria romana).

Caracterizada, en fin, la situación en que se redactaron los *Topica* —última de sus obras que versa sobre retórica—, y presentada su traducción abreviada y comentada, como en el caso de cada uno de sus otros libros, Ochs concluye que, a través de todas sus obras de este tenor, puede advertirse que Cicerón “creía que el orador perfecto debía ser capaz de hablar sobre cualquier tema de una manera sabia y elocuente y con una actuación del discurso a la vez digna y llena de moderación. El ideal ciceroniano del orador —agrega— era el de un hombre instruido, filósofo y estadista, al mismo tiempo que empleaba la retórica para moldear la opinión de las gentes”. “Cicerón —dice más tarde, citando a Atkins— consideraba la retórica como la forma más excelsa de actividad intelectual, un instrumento indispensable para el bienestar del estado”.

Las cinco partes de la retórica, las seis del discurso oratorio romano, los tres niveles del estilo y la preocupación por la prosa rítmica y por la oratoria forense, son algunas de las características del pensamiento de Cicerón, seguido por Ochs a través de la serie de sus obras, sus cargos públicos y sus cambios ideológicos, sobre todo en los treinta años en que se ocupa de retórica a partir del *De inventione*.

La parte más original de la teoría retórica ciceroniana es la dedicada al estilo en el *Orator* (donde además se concede un gran espacio a la problemática del ritmo). En *De partitione oratoriae*, en cambio, se habla de la importancia concedida a la preparación filosófica del orador.

Las conclusiones de Ochs, sumadas a las que él mismo cita de Atkins, procuran al lector una visión objetiva y completa de los

esfuerzos y logros intelectuales de una de las figuras más importantes de la antigüedad.

V. El quinto y penúltimo ensayo, debido a Prentice A. Meador Jr., se refiere a "Quintiliano y la *Institutio oratoria*".

La pérdida de la república y de la libertad política, con el advenimiento del imperio, determina paradójicamente que la retórica se convierta en "la disciplina más importante de la educación romana".

Del principio del reinado de Tiberio (14 d. C.) al final del de Adriano (138 d. C.), se afianza el imperio romano y el estudio de los principios y la práctica en el arte de hablar afectan profundamente al estilo. Es además un período que coincide con el de los doce Césares de Suetonio, y con los reinados de Nerva, Trajano y Adriano. Es una época relativamente creativa en el aspecto artístico organizado y perfeccionado, pero carente de autenticidad.

"Las condiciones de este nuevo imperio eran ya totalmente opuestas a la oratoria creativa —dice Meador—: la extensión de los textos, el número de abogados y la duración de los juicios se habían reducido; los oradores corrían el riesgo de disgustar al Emperador en cada uno de los discursos que pronunciaban; los aspectos dinámicos que caracterizaron el pasado estaban ya ausentes en su mayor parte; y, en fin, el poder de la monarquía invadía de una manera constante las instituciones que gozaban de autogobierno (...) las condiciones sociales y políticas que habían dado lugar a la existencia de una retórica sumamente creativa, ya no eran patrimonio del mundo romano."

También hubo grandes cambios en la enseñanza: se establecieron tres niveles de educación, "según estuviera bajo el control del *litterator*, del *grammaticus* o del *rhetor*". La retórica fue "de los principales factores formativos en la educación de los niños romanos de esa época..." Por otra parte, dentro de las teorías retóricas, el estilo fue adquiriendo cada vez mayor importancia.

En este período (del 14 al 138 d. C.) prevalece otra vez el tipo de composición denominado *declamatio* (usado ya en tiempos de la niñez de Cicerón) con sus dos tipos ya mencionados en el ensayo de Ochs. Se trata del ejercicio retórico sobre un tema imaginario, precedido por la otra serie de prácticas escolares llamadas *progymnasmata*.

Quintiliano continúa la tradición de Isócrates, Aristóteles y Cicerón. Nació entre los años 30 y 40 d. C. en Calagurres (Calahorra), España, que era un centro de cultura romana.

Litigó y enseñó. "Se retiró de la enseñanza hacia el año 92". Probablemente la *Institutio Oratoria* fue escrita entre 92 y 95 d. C.;

es la única de sus obras que nos ha llegado. En este libro él alude a otro que compuso pero que se ha perdido: *De Causis Corruptae Eloquentiae*. Se le atribuyen otras obras que no parecen auténticas.

Escribió su *Institutio Oratoria* para "formar al perfecto orador". Concede gran importancia a la calidad moral y a la destreza oratoria, aunque Murphy afirma que clausura tardíamente una época y que resulta un anacronismo en el momento de su aparición. Define la oratoria como la disciplina destinada a formar al hombre bueno que habla bien (*vir bonus dicendi peritus*). Pide al orador "gran preparación en la práctica del discurso y también en la formación del carácter". Este requisito de recitividad moral es lo que distingue la retórica de Quintiliano de la clásica. En lo que parece ser una descripción moderna de las virtudes ambicionables del estilo en un modelo de discurso referencial, dice Quintiliano: "el buen estilo es resultado de la elección de las palabras que mejor suenen entre dos sinónimos, de la supresión de barbarismos—vicios que afectan a las palabras tomadas aisladamente— y solecismos—vicios en el empleo de las frases—, así como en la elección de palabras corrientes". El lenguaje correcto—agrega— tiene como fundamento el razonamiento, la antigüedad, la autoridad y el uso ("práctica comúnmente aceptada por los hombres instruidos"). "La ortografía está al servicio del uso y cambia de un modo constante. En realidad las palabras deberían escribirse tal y como se pronuncian", juicio, éste, que nos revela la antigüedad de un problema jamás resuelto hasta nuestros días.

Quintiliano recomienda prepararse, antes de estudiar retórica, en lo relativo a una serie de materias: la lectura en voz alta; la realización de ejercicios de composición que incluyen paráfrasis de las fábulas de Esopo y de otros textos; el diseño de personajes; la redacción de ensayos sobre las costumbres; la música (que ayuda a la voz); la geometría (aliada de la lógica); la interpretación de obras teatrales (que ayuda al gesto, al movimiento y a la expresión) y la gimnasia.

Otras ideas de Quintiliano han tenido también una vida de siglos, como su reflexión acerca de que la observación del discurso eficaz dio origen a la retórica, sus apreciaciones acerca de la naturaleza de los tropos y su relación con la translación de expresiones, o acerca de la índole del concepto general de figura, vista como desviación respecto de la norma común. En realidad, Quintiliano recoge y sintetiza una tradición. Según Meador, lo más original de su teoría consiste en su concepto de hombre bueno y su deseo de revitalizar el ideal de la elocuencia que había

jugado un papel tan importante en la historia de la civilización grecolatina, inculcando en los estudiantes una meta de renovación moral que produjera estadistas virtuosos y elocuentes que, en consecuencia, asumiendo como propia la definición de los estoicos, acepten la retórica como la ciencia del bien hablar (*bene dicendi scientia*).

Quintiliano —concluye Meador—, aunque propuso una meta imposible de conseguir (la de lograr un orador-filósofo-estadista), proporcionó, sin embargo, un buen nivel educativo a una sociedad que valoraba la elocuencia pero no permitía la libertad del discurso en los grandes asuntos. El período llamado Segunda Sofística demostró cómo el ideal propugnado por Quintiliano (del ciudadano-orador) podía ser utilizado por el poder político de los autócratas emperadores romanos.

VI. La sexta parte del libro es el tercero y último ensayo que debemos a la pluma de James J. Murphy: “El fin del mundo antiguo: la Segunda Sofística y San Agustín”.

En un apretado resumen pasa revista a los gobiernos anteriores y posteriores a Trajano, a los dictadores que sucedieron a la república, que se llamaron emperadores (a partir de Octavio), y reprimieron con violencia la libre expresión de las opiniones políticas de los ciudadanos. Éste es el marco histórico-cultural del período de la Segunda Sofística durante el cual, por ser menos comprometedor, se dio mucha mayor importancia a los aspectos formales (como el estilo y la pronunciación) que al contenido. La legislación requerida para organizar el inmenso imperio se volvió más amplia e hizo prevalecer, sobre el discurso forense hablado, el discurso escrito. En consecuencia, sólo se cultivó la oratoria epidíctica. Este marco, que hace preguntar al historiador Tácito “cuáles son las causas del decaimiento de la elocuencia”, es el contexto que origina después la misma pregunta, a través de siglos de historia, en distintas lenguas, culturas y naciones, ya que sólo la dialéctica de la contienda origina “la gran oratoria”.

De esta época, sin embargo, destaca el *De lo sublime* del pseudo-Longino, probablemente escrito en los primeros años del siglo I d. C. por un autor griego que da primacía antes que nada al aspecto artístico —sobre el técnico— del discurso, y a la capacidad, innata y luego desarrollada, de expresión construida con estilo. Esta concepción de la problemática del discurso parece al lector actual muy saussureana y muy moderna, pues se aparta de la idea clásica del estilo visto como agregado ornato, y parece considerar la forma y el contenido del discurso como un todo vinculado indisolublemente.

El estilo, es decir, el cuidado artístico, unido a un contenido valioso, produce como efecto de sentido la elevación o el éxtasis, expresión, ésta, que probablemente es equivalente a lo que en nuestra tradición se ha llamado impresión estética. El impacto que produce el arte se asocia así a la calidad suasoria o disuasiva, poniendo en relieve el valor de la idea mediante el juego de los elementos estructurales de la composición.

Más tarde, en el siglo IV d. C., Donato escribe su gramática —que había de estar en uso durante doce siglos— en dos partes —*Ars minor* y *Ars maior*—, agregando a la segunda tanto las figuras de sintaxis (*schema*) como los tropos, e inaugurando así un enfoque que traslapa los límites de la gramática con los de la retórica hasta nuestros días. Del tratado elemental de Donato se pasaba, en la Edad Media, a las *Institutiones grammaticae* de Prisciano, donde éste describe las partes de la oración. Otros retóricos que anteceden a San Agustín (Aquila Romano, Fortuniano, Sulpicio Víctor) no agregaron nada original. El *De doctrina christiana* de San Agustín es el verdadero puente importante entre la retórica clásica grecolatina y la Edad Media, y cumple el papel de observar la tradición retórica ciceroniana desde la perspectiva cristiana, legitimando su empleo en la predicación y prolongando así su larga vida hecha posible gracias a la agilidad de los mecanismos que le han permitido adecuarse a cualesquiera circunstancias históricas.

La lograda intención didáctica de este manual sube de punto al final, cuando el lector descubre no sólo los índices habituales —el temático, con su correspondiente paginación, y el de los nombres y conceptos utilizados— sino también dos valiosos apéndices: el “Guión para un estudio más completo del tema”, y la “Biblioteca básica para el estudio de la retórica clásica”. El primero ordena los temas y subtemas, como base para una investigación que enriquezca a un lector que desee profundizar en su conocimiento de este periodo. El segundo procura, con esta misma finalidad, una extensa bibliografía al alcance de los estudiosos, pues enlista solamente ediciones de este siglo, en su mayoría posteriores a 1950.

Sin embargo, el lector de esta traducción apetece los datos de las versiones al español de los títulos de este repertorio, pues únicamente se mencionan cuatro, todas de Gredos.

HELENA BERISTÁIN